

Reflexiones dispersas sobre la popularidad de Jorge Luis Borges

H. C. F. Mansilla

Este es un texto incómodo escrito contra la corrección política del momento. Hoy en día el relativismo de valores y otros parámetros asociados al postmodernismo se han impuesto en la vida cultural de gran parte del mundo. Digo a propósito *impuesto* porque se puede percibir la paradoja siguiente. Las teorías postmodernistas, que aparentemente prescriben el fin de todo dogmatismo, terminan en la praxis de los foros públicos exigiendo acatamiento a sus principios centrales. *Jorge Luis Borges* ha pasado a ser uno de los autores más apreciados por estas corrientes, por razones que trato de explicitar a continuación. Hasta aproximadamente 1975 / 1980 a Borges no le faltaron las críticas convencionales de la izquierda, que lo acusaron de un esteticismo vacío, de exaltar a la oligarquía liberal y hasta de tomar partido por la reacción derechista. Estas necedades e imprecisiones eran lamentablemente abundantes y marcaban el tenor de la crítica izquierdista a los libros de Borges. No es superfluo señalar que algunos de sus censores marxistas se convirtieron, con el paso de los años, en sus más fervientes admiradores postmodernistas.

Un ensayo brillante y olvidado de *Enrique Anderson Imbert* señaló tempranamente (1976) las causas de la aceptación y difusión literarias de Borges. Después de analizar las opiniones del propio escritor sobre el éxito y la democracia, fenómenos con los que Borges mantuvo una irónica distancia, Anderson Imbert reconoció la singularidad del talento individual, la defensa del liberalismo espiritual y la energía estética de extraordinaria intensidad que pertenecieron y adornaron a Borges.¹ En efecto: el talento literario de Borges está fuera de toda duda: el castellano más bello escrito jamás. Esa combinación ática de elegancia y concisión

1. Enrique ANDERSON IMBERT: «El éxito de Borges», *Cuadernos Americanos* (México), vol. XXXV, núm. 5 (= CCVIII), (septiembre-octubre de 1976), pp. 199-212, esp. p. 205.

representa una de las cumbres más altas de la creación estética. Como afirmó Octavio Paz, Borges ofreció dádivas sacrificiales a dos deidades normalmente contrapuestas: la sencillez y lo extraordinario. En muchos textos Borges logró un maravilloso equilibrio entre ambas: lo natural que nos resulta raro y lo extraño que nos es familiar.² Además Borges consiguió formar su propia identidad en el espejo de los autores que él interrogaba, mostrándonos lo insólito de lo ya conocido.

La concepción borgiana del mundo se presta, empero, a algunos equívocos: cada uno cree encontrar en Borges lo que busca. Y de modo relativamente fácil. Cuando es «trivial y fortuita la circunstancia de que tú seas el lector de estos ejercicios, y yo su redactor»³ —como afirmó Borges—, entonces surge la probabilidad de una arbitrariedad fundamental como rasgo constitutivo del universo. Lo que a primera vista parece ser una amable ocurrencia literaria, burlona y, al mismo tiempo, inofensiva, resulta ser el compendio de una visión pan-identificatoria del mundo, que para nada es inocua. Su núcleo conceptual reza que en el fondo todo es intercambiable con todo. Si esto es así, los esfuerzos teóricos racionales y la praxis socio-política razonable aparecen como fútiles e insustanciales.

En un artículo muy corto y poco conocido (sobre Domingo Faustino Sarmiento), generalmente dejado de lado por las grandes compilaciones de sus escritos, Borges reúne las dos columnas de su asombrosa obra: (a) la penetración, profunda, aguda y hasta divertida del tema tratado, que corresponde a la tradición racional-liberal de Occidente, y (b) su inclinación por una filosofía simplista pan-identificatoria, que pertenece a una veta irracionalista que puede ser rastreada hasta los sofistas presocráticos. La segunda tendencia fue siempre la predominante. Mediante sus poéticas imágenes Borges aseveró en el texto sobre Sarmiento que el hombre es simultáneamente un pez, «el águila que también es león» y que existe la «sospecha de que cada cosa es las otras y de que no hay un ser que no encierre una íntima y secreta pluralidad». Esta es la visión pan-identificatoria. Pero en el mismo artículo Borges hizo gala de enunciados claros y unívocos, elogiando la racionalidad a largo plazo del proyecto histórico de Sarmiento y declarando enfáticamente que la dictadura peronista «nos ha enseñado que la violencia y la barbarie no son un paraíso perdido, sino un riesgo inmediato».⁴ En otras breves líneas escritas al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Borges realizó una indudable toma de partido por el racionalismo y la democracia liberal, aseverando además que una victoria alemana «sería la ruina y el envilecimiento del orbe».⁵

2. Según Paz, esta proeza determina el lugar excepcional de Borges en la historia literaria del siglo XX. Cf. Octavio PAZ: «El arquero, la flecha y el blanco», *Vuelta* (México), 117 (agosto de 1986).
3. Jorge Luis BORGES: [Nota introductoria], en ÍD.: *Obras completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 15.
4. Jorge Luis BORGES: «Sarmiento», *La Nación* (Buenos Aires), 12 de febrero de 1961, 3.ª sección cultural, p. 1
5. Jorge Luis BORGES: *La guerra. Ensayo de imparcialidad* [1939], en [sin compilador], *Borges en SUR 1931-1980*, Buenos Aires, Emecé 1999, p. 30.

Así es que desde el inicio de su carrera literaria y paralelamente a las ambigüedades hoy tan caras al postmodernismo, se puede detectar en Borges una inclinación a expresiones inequívocas, adscritas al racionalismo occidental y al espíritu de la libertad individual. Es probable que esta tendencia haya sido influida por José Ortega y Gasset. (En la *Revista de Occidente* apareció la primera reseña de un libro de Borges, de tono laudatorio.⁶) Esta corriente está vinculada a las normativas éticas que acompañan a menudo a las epopeyas y a la literatura de aventuras, que Borges conoció desde su más tierna infancia. La idea borgiana del valor personal, el encomio de las virtudes épicas y de las actitudes estoicas, el enaltecimiento del coraje y la lealtad, la pasión por los juegos agonales y el rescate del sentido noble del honor, propio de la aristocracia guerrera⁷ y ajeno totalmente a las clases mercantiles, constituyen espacios donde Borges no practicó ninguna ambivalencia. En suma: la valentía y la firmeza genuinas no deben ser jamás confundidas con el mero éxito.

Al lado de estos elementos se halla la otra parte constituyente de la filosofía borgiana. Se trata de un relativismo axiológico y estructural bastante acentuado, que conforma también la base de las doctrinas postmodernistas actuales. Su búsqueda de la identidad combinó los elementos más diversos, desde la fidelidad inquebrantable a los recuerdos hasta una visión del mundo prefigurada por variantes desmesuradas del nominalismo medieval. Los objetos en el espacio son únicamente las ilusiones de nuestros sentidos. El ser es sólo percepción. Algunos de sus críticos reprocharon a Borges que las pasiones y los problemas de la humanidad adquirirían para él la naturaleza de meros pretextos para ejercicios de estética. Esta es una opinión exorbitante, pero en la obra borgiana se puede detectar evidentemente una devaluación de la historia y de los contextos sociales, pues estos serían ornamentos que no rozarían el núcleo de una buena narración. Octavio Paz señaló que Borges dejó atrás las palabras rebuscadas y los laberintos sintácticos que tanto lo cautivaron en la juventud, pero que nunca mostró interés por problemas político-morales y enigmas psicológicos. La variedad del comportamiento y de las convicciones humanas, la fuerza organizadora de la historia y la complejidad de las sociedades modernas son asuntos que le preocuparon muy poco.⁸

No hay duda de que precisamente los textos más bellos y de ejecución más esmerada de nuestro autor borran a menudo las diferencias entre razón y locura, entre lo santo y lo profano, entre lo lícito y lo delictivo, entre lo cotidiano y lo festivo, entre sueño y vigilia y, por ende, entre realidad y ficción, pese a que Bor-

6. Ramón GÓMEZ DE LA SERNA: *Jorge Luis Borges: «El fervor de Buenos Aires»*, *Revista de Occidente* (Madrid), vol. IV, n.º 10 (abril de 1924), pp. 123-127
7. Cf. sobre todo la espléndida reconstrucción borgiana del concepto de honor, practicado por los guerreros medievales, en su relato de las batallas de Stamford Bridge y Hastings, en Martín Arias y Martín Hadis (comps.), *Borges profesor. Curso de literatura inglesa en la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Emecé, 2000, pp. 116-121; Jorge Luis BORGES: *El pudor de la historia*, en ÍD.: *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé 1960, pp. 229-233.
8. Octavio PAZ: «El arquero...», nota 2, *passim*.

ges trató estos temas con distancia lúdica e irónica. Una de las formulaciones más hermosas de esta concepción es también la más concisa: «La historia agrega que, antes o después de morir, se supo frente a Dios y le dijo: *Yo, que tantos hombres he sido en vano, quiero ser uno y yo*. La voz de Dios le contestó desde un torbellino: *Yo tampoco soy; yo soñé el mundo como tu soñaste tu obra, mi Shakespeare, y entre las formas de mi sueño estás tú, que como yo eres muchos y nadie*».⁹ Uno de los puntos culminantes de su obra, el cuento *Los teólogos*, hace manifiesta esa ideología pan-identificatoria no sólo mediante un argumento lógico y una estructura impecable, sino también recurriendo a profundas emociones.¹⁰ Y por ello esta narración es también un conmovedor alegato contra el dogmatismo y el fanatismo.

La totalidad de la creación borgiana da pie a algunos teoremas centrales del postmodernismo: la muerte del sujeto, el individuo como ente descentrado, el yo como mera ilusión y la consciencia en cuanto receptáculo casual de sensaciones aleatorias. El mundo sería un conjunto arbitrario de signos semánticos; el debate político representaría exclusivamente la pugna de intereses materiales contingentes. Borges no sostuvo esta posición de forma explícita, pero su concepción pan-identificatoria conduce a postulados que son similares a los postmodernistas. Siguiendo a Borges se puede inferir que un trazo casual de rayas o signos podría ser también una auténtica obra de arte, que una ocurrencia cualquiera —mejor si es hermética— podría ser interpretada como el epítome de un gran tratado filosófico y que no existiría una diferencia fundamental entre el medio y el mensaje. Teniendo esta visión del mundo no se puede distinguir entre lo marginal y lo relevante, y se abre la puerta a la retórica de la simulación, a la abdicación del pensamiento crítico, al paraíso de la charlatanería, al oportunismo político y al cinismo como método. Los textos de Borges están estilísticamente en las antípodas del fárrago y el bizantinismo postmodernistas, pero su visión del mundo avala tesis esenciales de las nuevas modas ideológicas. De ahí la inmensa popularidad de que gozan ahora los escritos borgianos entre todos los adeptos del deconstructivismo, del neo-estructuralismo y de las otras variantes del postmodernismo.

Borges sostuvo que el poeta es un simple agente de la actividad del lenguaje. Y entonces los heideggerianos y sus innumerables adeptos lo tomaron como a uno de los suyos. Aseveraba que el yo se disuelve en un mundo sin tiempo, y los budistas creyeron que era un creyente de esa confesión. Los existencialistas lo vieron como a un poeta angustiado en un laberinto de pesadillas, y lo consideraron como muy próximo a esa doctrina. Y así sucesivamente.

En casi todas sus obras se advierte una contradicción performativa: el curso del texto desmiente la idea central propugnada en el mismo. La concepción borgiana con respecto a normas y paradigmas es fundamentalmente relativista y

9. Jorge Luis BORGES: *Everything and Nothing*, en ÍD.: *El hacedor*, Buenos Aires, Emecé 1967, p. 64 (curtidas en el original). ÍD.: *El inmortal*, en ÍD.: *El Aleph*, Buenos Aires: Emecé 1957, p. 25: «Yo he sido Homero; en breve, seré Nadie, como Ulises; en breve, seré todos: estaré muerto».

10. Jorge Luis BORGES: *Los teólogos*, en BORGES: *El Aleph...*, nota 9, pp. 35-45.

escéptica, pero la consciencia libre y el heroísmo voluntario son cantados como valores supremos. Borges se consagra a la refutación del tiempo, pero la trama de sus cuentos tiene una estructura temporal que puede ser calificada como convencional y lineal. Borges descrece de la razón europea, pero sus ficciones están basadas en una rigurosa lógica occidental. La arbitrariedad de todo idioma es uno de sus temas favoritos, pero la totalidad de su obra está escrita con estricto apego a las reglas académicas del lenguaje. Una buena parte de la obra de Borges ensalza la disolución del sujeto, pero él mismo era el feliz poseedor de un ego muy vivaz y ultracentrado. Daba a entender que la consciencia individual es ficticia y hasta fantasmagórica, pero tenía una percepción aguda de su propia valía y, por consiguiente, de su irreductible unicidad e inconfundibilidad.

.....
H. C. F. MANSILLA es filósofo y tiene doble ciudadanía: bolivariana y argentina. Doctor en filosofía por la Universidad de Berlín y habilitado en ciencias políticas en Alemania, ha publicado numerosos libros y artículos, buena parte de ellos sobre la teoría crítica y los diversos y tortuosos caminos de la modernidad. También es autor de cuatro novelas publicadas en Bolivia.